

O

B

R

A

S



LAS características formales de estos cuadros reflejan la formación de Bartolomé Alonso de Cazales dentro de la escuela sevillana. Los personajes rígidos, casi envarados en sus solemnes atuendos, a los que se dedica una atención casi preciosa, recogiendo con minuciosidad detalles de bordado, joyas y encajes. Ella, en actitud de entregar una rosa a su marido, mientras él, esperando con un suave gesto el delicado regalo, viste un traje militar. La obra registra una serie de elementos emblemáticos de la condición de noble que simbolizan el poder y la autoridad de los personajes.

Bartolomé Alonso de Cazales

El maestre de campo don Antonio Pacheco y Tovar. Primer Conde de San Xavier, 1722

Óleo sobre tela

194,5 x 111,5 cm

Bartolomé Alonso de Cazales

Teresa Mixares de Solórzano y Tovar.

Primera Condesa de San Xavier,

1722

Óleo sobre tela

194,5 x 111,5 cm





EL estilo pictórico de Juan Pedro López refleja cierta influencia de los conceptos del rococó europeo. En esta Virgen de la Merced se hace evidente un delicado modelado de las telas a partir de finas veladuras, que dejan ver ciertos toques rápidos y nerviosos; en las formas peculiares del rostro del Niño, con frente y nariz enormes; en los ojos almendrados de anchos párpados de la Virgen y el Niño; en la pose de la Virgen con rostro ladeado y suave gesto en la mano para sostener el escapulario; en el trabajo texturado y detallista de la corona y el broche marianos, así como en la fórmula con que dispone las doce estrellas inmaculadas sobre un halo celestial.

Juan Pedro López

Nuestra Señora de la Merced, hacia 1767

Óleo sobre madera

41,4 x 30,5 cm

El llamado Pintor del Tocuyo es uno de los artistas más tempranos identificados en la pintura colonial venezolana. Su estilo representa a cabalidad los inicios de la tradición criolla en el occidente venezolano. Partiendo de composiciones preestablecidas en grabados, el artista desarrolla una ingenua recreación que, a partir del tratamiento lineal propio de los artesanos populares, trata de buscar el modelado, el volumen y la tridimensionalidad de las obras importadas de Europa. El típico paisaje de fondo en el que se marcan las escenas del *Regreso de Egipto* ha sido reducido a unas escasas líneas en el horizonte. La pieza posee una riqueza cromática dentro de una atmósfera cálida, armónica y brillante, y la ingenua interpretación lineal de los rayos lumínicos, comunes a todo el *opus* creativo del maestro del Tocuyo.



Pintor del Tocuyo

Regreso de Egipto, segunda mitad

del siglo XVII

Temple sobre tela

109 x 87,5 cm



LA obra sigue el mismo esquema impuesto por los modelos españoles, según los cuales el apóstol Santiago va vestido como peregrino con túnica, esclavina y capa, enarbolando una bandera con la característica concha del peregrino y empuñando una espada sobre su cabeza. Estilísticamente la obra se puede adscribir a la corriente claroscurista sevillana del siglo XVII; sin embargo, también presenta en el tratamiento cromático y escenográfico cierta influencia del dramatismo y dinamismo barroco que llegan a la pintura venezolana durante la segunda mitad del siglo XVIII.

Escuela de Caracas

Santiago Matamoros,
segunda mitad del siglo XVIII
Óleo sobre tela
111,5 x 102 cm

EL retrato civil fue uno de los principales temas que ocupó a los pintores de los primeros tiempos de la República. *El hombre del chaleco* puede relacionarse con el estilo de Juan Lovera, a quien se atribuyó esta obra en los tiempos en que se localizó. El rostro es la parte más expresiva del cuadro y está tratado escuetamente pero con gran precisión realista en sus detalles fisonómicos. En tanto que el campo espacial fue tratado de forma plana pero con gran mesura y delicadeza en la parte de la ornamentación de la indumentaria del personaje, siguiendo las pautas del simbolismo propio del retrato colonial que suele atribuir gran interés a los atributos que distinguen la clase social, el oficio y la posición del retratado.

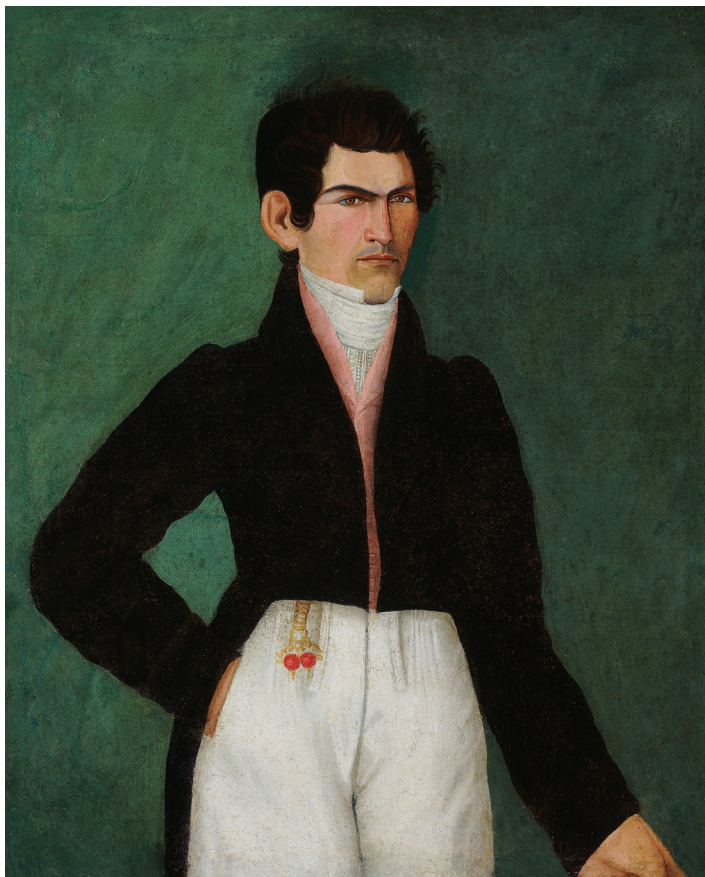
Anónimo

El hombre del chaleco, hacia 1812

Óleo sobre tela

68,3 x 49,2 cm





EL autodidactismo condujo al primitivismo que se observa en gran número de retratos que, sin alcanzar la perfección anatómica ni el parecido del personaje, gozan del prestigio de un arte popular sumamente expresivo, como sucede en el caso de este retrato realizado por un pintor anónimo en las primeras décadas del siglo XIX. Salvo por el traje, no hay ningún dato que diferencie el retrato militar del retrato civil. No ha surgido aún el culto a los héroes, patente a partir de los años setenta con el primer gobierno de Antonio Guzmán Blanco. Aquí, en este retrato, se impone la fuerza expresiva del colorido, la espontaneidad del trazo y la resolución en acusados planos en primer término del anónimo personaje.

Anónimo

Caballero de la familia Guadalupe,

hacia 1815

Óleo sobre tela

56,7 x 46,6 cm

LA pintura de retratos sobrevivió a la Colonia y llegó a extenderse aún más en los primeros tiempos de la República, cuando todavía no se había descubierto o generalizado la fotografía. El retrato se solicitaba a los pintores, en su mayoría autodidactas o artistas extranjeros que viajaban por pueblos y vecindarios en busca de clientes. Con él se trataba de contrarrestar los efectos del tiempo para perpetuar el recuerdo de las personas fallecidas, y normalmente se ejecutaba a la vista del retratado, con base en apuntes hechos del natural. No fueron pocos los retratistas que alcanzaron gran destreza en la representación del personaje, de un modo tan vívido como se aprecia en el *Retrato de la señora Heria*. El realismo conseguido en la pose no sólo nos descubre el temperamento sensual de la dama, gracias al modelado preciso de sus rasgos fisonómicos, sino que ahonda en su psicología mediante el audaz movimiento que se le imprime a la mano.

Anónimo

Retrato de la señora Heria, sin fecha

Óleo sobre madera

73 x 57 cm





ENTRE las pinturas más notables hechas en los comienzos de la República figuran los retratos mandados a ejecutar por las clases pudientes para perdurar la imagen de sus miembros. En este género los pintores criollos alcanzaron gran destreza, tal como se aprecia en el caso del retrato del rico caballero español Juan José de Guruceaga, de ascendencia vasca. En esta obra se observa una orientación naturalista que no podía ser resultado sino de una bien cimentada tradición en la pintura de retratos.

Anónimo

Juan José de Guruceaga,

hacia el siglo XIX

Óleo sobre tela

72,5 x 57,2 cm